

—¡Ilustre entre los ilustres!

—En suma, dijo Alcorta que queria echar el tapado á todos, es una Minerva mexicana.

El Dictador, que se vió tentado á correr tras ellos para callarlos á puntapiés, y que lo hubiera hecho á no estar cojo, exclamó cruzando los brazos:

—Si estos imbéciles son los ministros, y por consiguiente la gente más conspicua entre toda la que me rodea, ¿cómo serán los demás? ¿No tengo, pues, razón en poner el pié en el pescuezo á tanto canalla adulador? Ya, ya irán sintiendo quién soy y de lo que soy capaz, y entonces hasta estos mismos miserables que me ayudan á oprimir á las turbas de mentecatos, llegarán á temblar en mi presencia. ¡Y vaya si temblarán!

Se rió nerviosamente, se levantó y se dirigió para el comedor en donde lo esperaba la mesa de Estado, é iba así murmurando:

—¡No suena mal eso de Alteza Serenísima.



CAPITULO IV.

Yncienso y lágrimas.

EL exterior de la ciudad de México era brillante. El general Santa-Anna, en aquella época, (ya declarado Dictador y Alteza Serenísima) se había sabido rodear de las personas acaudaladas, de los miembros del alto clero, de los políticos de más nota del partido conservador, de algunos liberales tímidos ó acomodaticios, y finalmente, del elemento militar en que no faltaban los jefes de distinción.

Las tropas, vestidas con uniformes chillones, recorrían las calles llevando á la cabeza sus músicas, Su Alteza Serenísima iba al paseo acompañado de generales llenos de entorchados y seguido siempre de numerosa escolta, concurría á su palco en el teatro en donde se veían los gastadores con sus gigantescas gorras de pelo y con sus barbas que les cubrían el pecho; por las mañanas había suntuosas fiestas en las iglesias, y por las noches sa-

raos á que concurrían las damas principales cargadas de joyas; los caballeros de la Orden de Guadalupe lucían con cualquier pretexto sus capas blancas, y todo presentaba el aspecto de una constante fiesta, como si ya todas las necesidades estuvieran satisfechas y vivieran felices los habitantes de la Capital, á virtud de reinar también el bienestar en toda la Nación.

Nos formaremos una idea mejor de aquel entonces, entrando al palacio en una noche de baile.

No había luz eléctrica, porque ni siquiera el gas se conocía entonces; pero en cambio había un enorme número de velas de esperma ardiendo en arañas de cristal y candelabros esparcidos por el inmenso salón de recepciones, que además estaba tapizado de espejos y vestido con colgaduras encarnadas. El dosel con el sillón dorado y cubierto de terciopelo carmesí, lleno de flecos y borlas de oro, estaba en el fondo destinado únicamente para Su Alteza.

Una valla de tropas atravesaba la plaza hasta la embocadura de la calle de Plateros, y por esa valla pasaban hasta entrar en el patio del palacio, los coches que llevaban á las familias invitadas, todas de primera calidad.

El pueblo, muy paciente, contemplaba en silencio aquel lujo, como si no estuviera muriéndose de hambre á consecuencia de la falta de trabajo, de la carestía de los víveres y de lo crecido de las contribuciones, que todas iban á parar, como siempre, sobre las clases miserables.

Eran las nueve y media de la noche, y ya las sillas de medio salón estaban ocupadas por las damas jóvenes y viejas que se habían apresurado para ganar lugar lo más cerca posible del Dictador, que era el que atraía todas las miradas y el que arrancaba todas las exclamaciones; ya se

veían en el centro muchos grupos de generales, de altos empleados, de magistrados y demás gente de pró, cuando se notó un gran movimiento cerca de la puerta de entrada: ¡era que llegaba el ministro de la guerra vestido de gran uniforme!

Los más próximos formaron dos alas compactas inclinando la cabeza para saludar al recién venido, mientras los de más lejos corrieron en tropel á encontrarlo: á muy pocos de todos aquellos se dignó el personaje tenderles la mano, mientras que todos á la vez se disputaban la delantera para que les dirigiera la palabra.

—Exmo. Señor Ministro! repetían cien voces, mientras que otras, muy pocas, las de los amigos de confianza, le decían simplemente:

—Señor general.

—Buenas noches, señores, les contestaba á algunos con negligencia.

—Y la salud, Exmo. Señor? se atrevió á preguntarle un rico.

—Regular, regular, le contestó el ministro pasando adelante.

Después que hubo saludado á algunas señoras, sus preferidas, fué á colocarse en el centro del salón en donde luego le rodearon veinte ó treinta sujetos muy sumisos que parecían beber el aliento de sus palabras. Aunque de suyo no fuera chistoso, todo lo que decía caía en gracia y lo festejaba aquella multitud abigarrada con exclamaciones llenas de inoportunidad.

Cada llegada de un ministro nuevo producía igual sensación, iguales demostraciones, iguales bajezas; pero ninguna fué tan estrepitosa como la de Bonilla, ministro de

Relaciones, á quien se suponía el director de la política y el hombre de más influencia en el gobierno.

Cuando este ministro apareció prodigando saludos y sonrisas, las extremidades del salón se despoblaron y se formó á su paso casi un tumulto: ninguno quería quedarse sin el saludo, sin la sonrisa, ó cuando menos sin la mirada del grande hombre.

—No hay funcionario más popular que Su Excelencia, le dijo el Presidente municipal que, quisiera que no, le había cogido del brazo.

—Todos lo adoramos, exclamó un magistrado que había podido oír el anterior piropo.

Y como un capitalista que iba en la bola no quería quedarse atrás en lisonjas, dijo por su parte en voz alta:

—Sus altas cualidades hacen que lo distinga con un cariño especial Su Alteza Serenísima.

—Y á propósito, preguntó el ministro, ¿no ha entrado aún al salón el Exmo. Señor Presidente?

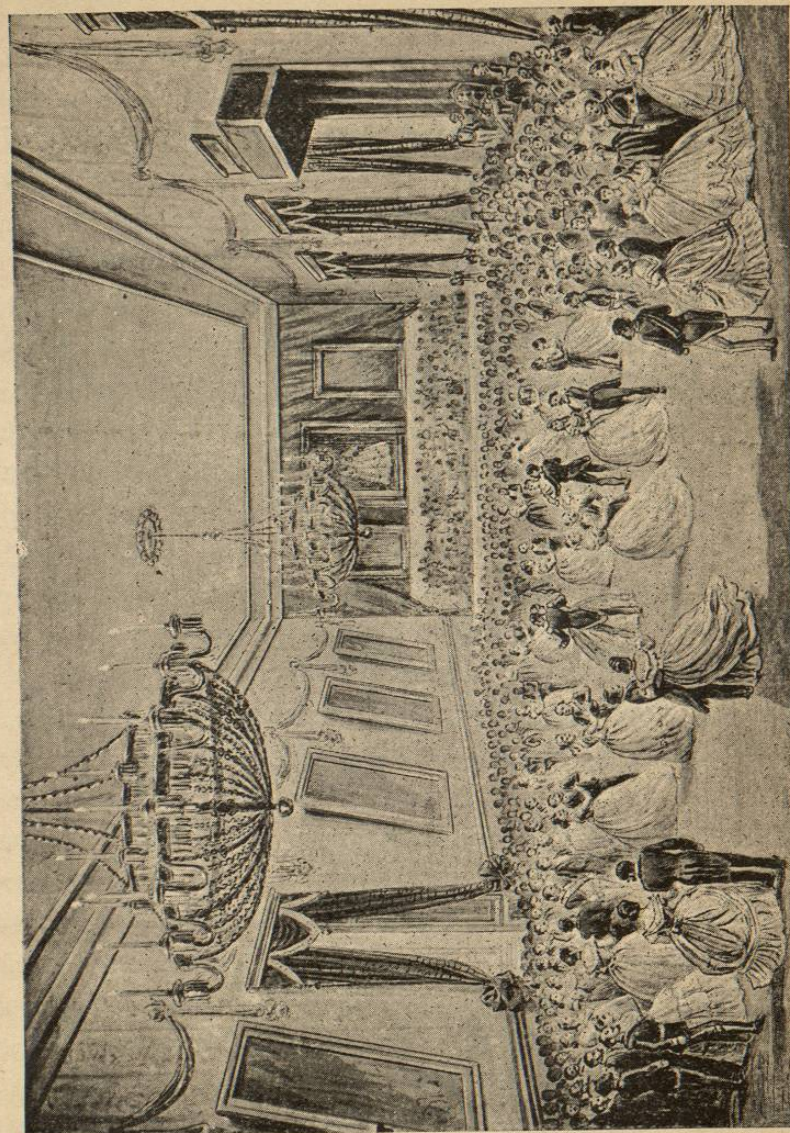
Oyó la pregunta un militar y se apresuró á dar la siguiente contestación:

—Su Alteza Serenísima está en su despacho y por dos veces preguntó ya si no había llegado Su Excelencia, que es lo único que espera para salir.

—Corra usted á decirle que aquí estoy.

—Con su permiso, Excelentísimo Señor.

Entonces los ministros todos y algunos generales se acercaron á la plataforma, cerca de la pequeña puerta por donde había de aparecer Santa-Anna, formándose en torno una avalancha de personas, con desesperación de las damas que desde sus sillas no podían ver la entrada del Dictador.



Baile en Palacio en honor de Su Alteza Serenísima.

De repente el uger dijo con voz robusta:

—¡Su Alteza Serenísima!

Y entró cojeando el hombre que á falta del pie tenía la muleta sobre el pescuezo de todos los mexicanos.

Amante como era Santa-Anna de las grandezas, y con la ilusión que se había forjado de que era el soberano más sólidamente establecido en el mundo, dirigió una mirada de protección á toda la concurrencia, dió un vistazo á las damas y otro á las composturas del salón y dando orden al maestro de ceremonias para que hiciera comenzar el baile, se dirigió á la plataforma seguido de sus ministros y siempre rodeado de guardias, sentándose en el sillón dorado muy erguido, como si realmente él fuera un monarca y toda aquella gente vil formara su corte.

Los ministros, de pie, se colocaron á sus lados, tocó la orquesta y comenzaron las cuadrillas de honor, solamente para las ocho parejas designadas en el programa.

Mientras se bailaban tales cuadrillas, se mandó despejar el frente, á fin de que Su Alteza Serenísima las disfrutara con la vista, ya que no podía bailarlas, ¡y era de contemplársele entonces, arrellanado en su sillón, alta la cabeza y el cuerpo rígido, como una especie de divinidad dispuesta á recibir los golpes de incensario! Por supuesto que no dejaba el manto de comendador de la orden que pendía de sus hombros, figurándose que era manto real y de buena gana hubiera ostentado una corona también si hubiera encontrado ya la oportunidad de lucirla, pues es fama que llegó á prepararla, con la idea fija, que no llegó á quitársele nunca, de que algún día se vería coronado.

Eran tan abyectos tanto los que estaban cerca de él, como los que estaban lejos y le servían de procónsules en los departamentos, que ya no era más que cuestión de in-

dicar un capricho cualquiera para realizarlo, sin temer de parte de nadie ninguna objeción. A todo el país tenía sujestionado, todo el país obedecía sin chistar sus más insensatas disposiciones y estaba seguro de que todo el país se inclinaría ante él á la hora que se le antojara decirle:— Soy tu emperador.

Cuando concluyeron las cuadrillas, los ministros volvieron á su lado, y entonces empezó á designar las damas y caballeros de más distinción á quienes permitió que se le acercaran á decirle alguna lisonja. Ya todos sabían que se le recreaba mucho el oído cuando se le comparaba á Cesar, á Alejandro, á Carlos V, á Luis XIV ó á Napoleón Bonaparte y le decían y se dejaba decir las mayores barbaridades á este respecto. El benemérito de las Américas, el hombre de Estado del siglo, el primer capitán de la época, el Regenerador de la Patria, el padre de los pueblos en la paz y el héroe de las batallas en la guerra, eran las expresiones más llenas de sencillez entre toda la bambolea que se le armaba por aquel enjambre de aduladores que se arrastraban como culebras ante su divina majestad.

Mientras que se daban tan espléndidas fiestas en Palacio, en que la servil muchedumbre de escogidos, festejaba con himnos de alabanzas á su Señor, en centenares de casas se presenciaban escenas como la que va á referirse en seguida:

Una familia compuesta de la señora y tres niños está reunida en el estudio del jefe de ella, que es un distinguido abogado, quien con toda serenidad está arreglando algunos libros y papeles. La señora está llorosa y las niñas la rodean con las lágrimas en los ojos, lo que notado por el caballero, les dice, procurando dar á su voz, si no el tono de la fortaleza, al menos el de la resignación.

—No se aflijan ustedes por esto, he de volver, nuestra separación no ha de ser eterna.

La madre y las dos hijas, lejos de consolarse, derramaron lágrimas en silencio.

De pronto se abrió la puerta del gabinete y dió paso á una señora de noble aspecto, vestida de negro, seguida de una joven también de buena figura y también vestida de luto. Ambas venían desencajadas, pálidas, demostrando tanto en los ojos, como en todo el semblante, el mayor sufrimiento.

—Señor licenciado, amigo mío, se lo acaban de llevar. . . se lo acaban de llevar entre soldados. . . no han querido decir á qué prisión. . . ni por qué causa. . . ni nada. A nosotras nos tuvieron encerradas mientras los otros que se lo llevaron se alejaban.

Las personas que estaban en el estudio del abogado, sorprendidas de pronto, comenzaron á comprender lo que pasaba, cuando éste dijo:

—Han puesto preso al marido de usted, ¿no es esto?

—Sí, señor licenciado, y vengo para que usted haga algo por él inmediatamente. . . para que usted lo defienda. . . para que. . .

—Sí, señor licenciado, agregó la joven llorando, tenga usted compasión de nosotras.

—Pero, hijas mías, respondió el abogado con pena, ¿qué puede hacer un hombre que ha caído también en desgracia y que está disponiéndose para salir desterrado?

—¿Usted desterrado? . . .

—El ha sido desterrado. . . sí, dijo la señora del abogado, figúrese usted cómo estaremos.

—¿Pero usted, siendo amigo del gobierno?... no me cabe en el juicio.

—Sí, hasta ayer, hace tres días mejor dicho era yo, si no amigo del gobierno, á lo menos su empleado en el tribunal. . . . en donde me parecía que nada tenía que ver con la política; pero rehusé el obsequio que se me hacía de una cruz, de un manto. . . . de yo no sé qué cosa de la orden guadalupana, porque no soy amante de las mogi-gangas, y en castigo se me destituyó del empleo y se me ha mandado salir fuera de la República.

—¡Cuánto lo siento! . . .

—Lo sentimos mucho, dijeron madre é hija; y luego agregó la señora:

—De todas maneras, usted sabe siquiera cuál es su delito, señor licenciado; pero Bonifacio no lo sabe: simplemente un oficial con un papel del ministerio de la guerra, según dijo, y sin darle tiempo ni para darme algunas instrucciones sobre sus negocios, lo cogieron entre dicho oficial y dos soldados y se lo llevaron.

—Si fué orden del ministerio de la guerra, que tiene á su cargo también la policía, ya sé cuál es el delito que le imputan al señor don Bonifacio.

—¿Cuál, señor licenciado?

—El de desafecto al gobierno. Probablemente algo dijo y lo denunciaron.

—Eso ha de ser: Bonifacio ni aun delante de los criados podía contenerse, y siempre ha estado diciendo sin precaución ninguna, que este gobierno de Santa-Anna es una tiranía.

—Sí lo es en efecto: todos sabemos que el Presidente no es tal Presidente, sino un déspota como Nerón ó como cualquiera otro de los tiranos que ha habido en el

mundo; pero está prohibido decirlo, lo mismo que pronunciar cualquier palabra de desagrado contra él ó contra sus ministros ó contra una autoridad cualquiera.

—¿Y qué pena tienen los desafectos, señor licenciado?

—Eso depende del espíritu ó mejor dicho del estado de ánimo en que se encuentran los que gobiernan: unas personas son desterradas, otras son llevadas á San Juan de Ulúa y otras á las prisiones militares; sólo cuando hay, ó suponen que hay el delito de conspiración, aplican la pena de muerte.

La hija de don Bonifacio prorrumpió en llanto.

—¿Acaso teme usted, señorita, que acusen á su papá de conspirador?

—Puede ser muy bien, porque yo oí decir á uno de los esbirros estas palabras: ¡es fuerza acabar ya con todos estos conspiradores!

—No lo crea usted. El señor don Bonifacio es un hombre muy pacífico. Es muy capaz de cometer cualquiera indiscreción de palabra, pero no de conspirar. . . . ¿Registraron sus papeles?

—No registraron nada.

—Entonces pueden ustedes jurar que sólo pesa sobre él la acusación de desafecto, y que su prisión no será larga.

Ya una vez calmada la ansiedad de las dos visitantes con las buenas reflexiones del abogado, la esposa de éste y sus dos hijas, pudieron á su vez exhalar sus quejas y derramar abundante llanto, pues que el distinguido abogado tenía que salir al día siguiente sin ninguna excusa, é ignorando en todo caso cuándo regresaría.

Tales eran los contrastes que ofrecía aquella aciaga época.